

LA DERECHA EN CHILE CONTEMPORANEO: LA PERDIDA DEL CONTROL ESTATAL

SOFÍA CORREA S.

El artículo de la historiadora Sofía Correa se refiere al comportamiento de la élite radical chilena, deteniéndose precisamente "en uno de los momentos más críticos de cualquier élite, es decir, cuando debe ceder espacios de poder a nuevos grupos sociales que emergen y compiten con ella, poniendo a prueba su tradicional monopolio de las fuentes de poder".

En tal sentido, la autora de este artículo desarrolla las características de la derecha forjada en el siglo XIX; luego la pérdida del control del estado; la destrucción de la derecha política tradicional y finalmente la formación de la nueva derecha, para señalar hacia el final del trabajo que "ya sea por la autodestrucción de la derecha política tradicional, ya sea por las nuevas circunstancias históricas en que nació, la nueva derecha política —bajo la conducción de los nacionalistas— contribuyó a sepultar el viejo estilo de negociación política bajo el alud de la política confrontacional".

A no pocos observadores les ha llamado la atención la peculiaridad del desenvolvimiento político chileno desde comienzos del siglo XIX. En efecto, la regularidad institucional, la organización partidaria, el carácter mismo de los partidos, las organizaciones sindicales, en fin, un sinnúmero de características del sistema político chileno lo distinguen del resto de los de América Latina. Y no es aventurado afirmar que uno de los rasgos más originales de

Nota del autor:

- * Este trabajo fue presentado en el Instituto de Estudios Humanísticos de la Universidad de Valparaíso, en diciembre de 1988. Agradezco los comentarios que allí se hicieron, algunos de los cuales pude incorporar al trabajo que aquí se presenta.

la política chilena radica en el comportamiento de la elite tradicional.

Este trabajo se refiere justamente a dicho actor político, deteniéndose en uno de los momentos más críticos en la historia de cualquier elite, es decir, cuando debe ceder espacios de poder a nuevos grupos sociales que emergen y compiten con ella poniendo a prueba su tradicional monopolio de las fuentes de poder. En tal circunstancia, las respuestas de la elite tradicional pueden ser muy diversas. En el caso de la elite chilena, ésta responde, a mi juicio, con una flexibilidad y una capacidad de adaptación extraordinarias, las cuales, a su vez, le permiten mantener cuotas de poder sustanciales. La descripción de esta respuesta adaptativa de la elite es la que desarrollaré a continuación, esperando poder desvirtuar así aquella imagen tanto más difundida que describe a la elite tradicional chilena en el siglo XX como una fuerza defensiva, retrógrada y miope. Antes de entrar a analizar la respuesta de la elite tradicional ante la pérdida de poder político, voy a referirme a qué entiendo por elite tradicional o derecha, y qué significa que haya perdido el control del Estado.

CARACTERIZACION DE LA DERECHA

La elite tradicional chilena se forjó en el siglo XIX amalgamando sectores terratenientes y mercantiles de origen colonial, con mineros y banqueros enriquecidos durante la República. Era, por tanto, una elite sin fisuras que diversificaba sus intereses económicos a través de todos los sectores de la economía y que estrechaba sus lazos en sólidas alianzas comerciales y de parentesco.¹ Ejercía, además, un control indisputado del poder político hasta ya entrado el siglo XX. Así por ejemplo, durante la República Parlamentaria las decisiones políticas se tomaban en los salones de las casas particulares o en el Club de la Unión, las campañas electorales consistían en breves discursos hechos a la hora de los brindis en los banquetes ofrecidos en las capitales de provincia o en Santiago y, para obtener el voto popular y de los sectores medios, la elite competía utilizando el cohecho y las redes clientelísticas y de patronazgo. La disputa por el poder era, pues, un mero juego entre pares donde los candidatos a Presidente prometían no ser un peligro para nadie.

Este estilo oligárquico de hacer política se rompió con la campaña de Arturo Alessandri en 1920: un hombre hasta entonces ajeno a la elite tradicional se levantaba como un peligro para los espíritus reaccionarios y convocaba a las masas urbanas para usar-

¹ Ver, por ejemplo, Arnold Bauer, *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*, Cambridge 1975; y Sergio Villalobos, *Origen y Ascenso de la Burguesía Chilena*, Santiago, 1987.

las como factor decisivo de presión política. Y, más tarde, siendo Presidente, para hacer frente a sus opositores buscaría el apoyo del único sector de clase media más poderoso que la oligarquía: los militares.² Así, desde la década de 1920 el monopolio indisputado del poder que ejercía la elite tradicional era desafiado por nuevos sectores sociales, fundamentalmente por grupos medios, ya sea apoyados en las armas —como los militares—, o en el voto popular —como es el caso del auge de las corrientes socialistas a comienzos de la década siguiente. No sorprende, entonces, que fuera en los años 30 cuando se introdujeron en el vocabulario político chileno las palabras derecha e izquierda.

Ahora bien, ¿se puede intentar una definición de aquello que se ha dado en llamar derecha?

En primer lugar, es necesario señalar que derecha es un concepto que se puede definir histórica y no sociológicamente, pues su contenido varía con el tiempo. La derecha, en cuanto concepto político, se define por oposición a la izquierda. En el siglo XIX en Europa se los utilizó para señalar las diversas posiciones frente a los postulados de la Revolución Francesa —de donde precisamente se desprende el origen de ambos términos—. Luego, con el surgimiento del socialismo, las posturas frente a la propiedad privada dieron la clave para definir izquierda y derecha.³

No es extraño entonces que en Chile se comenzaran a utilizar estos términos hacia 1930 con el auge de las corrientes socialistas. Eso sí, es necesario destacar que tales conceptos se usaban en su forma plural: se hablaba de las derechas y las izquierdas, haciendo así explícita referencia a la presencia de una diversidad en ambos campos, diversidad que a su vez evitaba la polarización. Formaban parte de las izquierdas los partidos Socialista, Comunista y Radical principalmente; y las derechas comprendían a los partidos Conservador y Liberal más un número de pequeños partidos menores de carácter nacionalista y/o corporativista. Tanto el Partido Conservador como el Liberal representaban fundamentalmente a los sectores propietarios, y de hecho todos sus dirigentes —hasta los años 50— provenían de la elite tradicional. Así tenemos que una de las características más distintivas de la elite tradicional chi-

² Ver, Sol Serrano, "Arturo Alessandri y la campaña electoral de 1920", en Claudio Orrego y otros, *Siete Ensayos Sobre Arturo Alessandri Palma*, Santiago, 1979; René Millar C., *La Elección Presidencial de 1920*, Santiago, 1981; Mariana Aylwin O., Ignacia Alamos V., "Los militares en la época de don Arturo Alessandri Palma", en Claudio Orrego, y otros, op. cit.

³ Ver, William Julius Gould, L. Kolb, eds., *A Dictionary of the Social Sciences*, London, 1964; Seymour Martin Lipset, *Political Man. The Social Bases of Politics*, London, 1983; Hans Roger, Eugen Weber, eds., *The European Right: A Historical Profile*, London, 1965; Roger Scruton, *A Dictionary of Political Thought*, London, 1983; Klaus von Beyme, *Political Parties in Western Democracies*, London, 1985.

lena fue el hecho de que su expresión política se canalizara siempre en partidos políticos, los que se jugaron su destino dentro de las reglas del juego democrático liberal.

Por otra parte, derecha no es sólo un concepto que diga relación con posturas políticas; tiene también una dimensión económica y social ya que el núcleo de la derecha lo constituyen los sectores que controlan la estructura socio-económica. En cuanto a la elite tradicional chilena en su dimensión económica, no es exagerado afirmar que desde el siglo XVIII una de sus características más distintivas ha sido la capacidad de integrar a otros sectores sociales que emergen enriquecidos en los nuevos rubros que abre el desenvolvimiento económico. Tal fue el caso de los vascos a fines de la Colonia y de los mineros y banqueros —hijos de inmigrantes muchos de ellos— a mediados del siglo pasado. La misma situación también se produjo con las fortunas urbanas que se iban recién formando en la industria, las finanzas y el comercio durante el siglo XX. Se trata de un proceso de integración que se inicia con la creación de relaciones meramente económicas y que a la postre genera también vínculos sociales. De modo que al visualizar a la elite económica chilena del siglo XX debemos tener presente que en ella no se dan choques sectoriales, por ejemplo, entre capitalistas urbanos y terratenientes. Al contrario, estamos frente a una elite homogénea con intereses diversificados en todos los sectores de la economía. La cúspide de esta elite económica —que como hemos señalado se confunde con la elite social tradicional— está formada por unos pocos grupos económicos, cada uno de los cuales tiene sus intereses diversificados y cuya cohesión está dada fundamentalmente por la existencia de lazos de parentesco y comerciales. A su vez, los distintos grupos están también interrelacionados entre sí tanto por lazos comerciales como familiares.⁴

La elite económica ha estado institucionalmente representada en cuatro grandes asociaciones empresariales, a saber, la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA), la Sociedad de Fomento Fabril (SFF), la Cámara Central de Comercio (CCC), y la Sociedad Nacional de Minería (SNM), cuyos orígenes se remontan al siglo XIX pero cuyas funciones, como veremos más adelante, han ido varian-

⁴ Ver, Ricardo Lagos, *La Concentración del Poder Económico. Su Teoría. Realidad Chilena*, Santiago, 1965; Roger J. Burbach, "The Chilean Industrial Bourgeoisie and Foreign Capital, 1920-1970", tesis doctoral Indiana University, 1975; Lynda Ann Ewen, "Ownership and Control of Large Corporations in an Underdeveloped Capitalist Country: A Study of the Capitalist Class in Chile", tesis doctoral University of Wisconsin, 1971; Richard Earl Ratcliff, "Kinship, Wealth and Power: Capitalists and Landowners in the Chilean Upper Class", tesis doctoral Wisconsin University, 1973; Maurice Zeitlin, Lynda Ann Ewen, Richard Earl Ratcliff, "New Princes for Old? The Large Corporation and the Capitalist Class in Chile", *American Journal of Sociology*, 80, July 1974; Henry W. Kirsch, *Industrial Development in a Traditional Society. The Conflict of Entrepreneurship and Modernization in Chile*, Gainesville, 1977.

do según las nuevas exigencias de los tiempos. Entre sí, estas asociaciones empresariales han estado también interrelacionadas, tanto a través de vínculos informales tales como compartir los mismos miembros, o bien a través de niveles institucionales, como la Confederación de la Producción y del Comercio (CPC) creada en 1934. Con los partidos políticos, especialmente con los de derecha —aunque también con el Partido Radical desde los años 30—, han mantenido vínculos informales en la medida en que intercambian los mismos integrantes.

Posiblemente uno de los ejemplos más paradigmáticos de la elite económica —y en general de la elite tradicional o derecha— lo constituya una persona como Arturo Matte Larraín (1893-1980). Por familia está vinculado a aquellos sectores de la elite chilena cuyos orígenes se remontan hasta tiempos coloniales. Se trata además de una de aquellas familias que a mediados de este siglo formaban la cúspide de la elite económica a través del grupo que unía a los Claro, Matte, Larraín y Vial. Así fue como Arturo Matte formó parte del directorio de 18 bancos y sociedades anónimas, que ciertamente abarcaban todos los sectores de la economía. Entre ellas cabría mencionar CAP, COPEC, Sederías Sumar, CMPC, Banco Sud Americano, Banco Hipotecario, Sociedad Inmobiliaria Renta Urbana-Pasaje Matte, Sociedad Agrícola Trinidad, Viñas de Chile S.A.; además de poseer y administrar haciendas que no estaban organizadas como sociedades anónimas. Arturo Matte era miembro de la SFF y por sus vínculos familiares estaba conectado con una de las familias más poderosas políticamente: los Alessandri. En efecto, Arturo Matte Larraín se casó con Rosa Ester Alessandri Rodríguez y ya sea como yerno o cuñado, o bien por ser él mismo personalmente candidato, llegó a participar activamente en siete candidaturas presidenciales entre 1920 y 1970, habiendo tenido en varias ocasiones acceso directo a La Moneda. Además de candidato presidencial en 1952, fue senador entre 1951 y 1957 y Ministro de Hacienda entre 1943 y 1944.⁵

LA DERECHA PIERDE EL CONTROL DEL ESTADO

¿Qué significa, pues, que una elite aparentemente tan poderosa como la recién descrita haya perdido el control del Estado? Obviamente se trata de la pérdida de control del Poder Ejecutivo y con él, del aparato administrativo. Ahora bien, no hay que olvidar que el Poder Ejecutivo se vio fuertemente fortalecido en la Constitución de 1925; que de hecho el poder presidencial se ejerció casi

⁵ Ver, Roger J. Burbach, op. cit.; Lynda Ann Ewen, op. cit.; Richard E. Ratcliff, op. cit.; Lía Cortés, Jordi Fuentes, *Diccionario Político de Chile*, Santiago, 1967; y Arturo Matte Larraín, *Un Hombre de Excepción* (sin autor ni editor), Santiago, 1980.

sin contrapesos durante la primera administración de Ibáñez, y que la fortaleza de la autoridad presidencial se legitimó y consolidó durante el segundo gobierno de Arturo Alessandri.

Pero aún más importante que el fortalecimiento del Ejecutivo vis-à-vis el Congreso, fue la creciente expansión del aparato administrativo y de sus atribuciones. En efecto, desde mediados de la década del 20 el Estado comenzó a expandir sus actividades para hacer frente a las nuevas exigencias del desarrollo económico y del bienestar social. El Estado quedó convertido en árbitro de los conflictos laborales; las nuevas agencias crediticias creadas por el gobierno de Ibáñez transformaron al sector público en un agente crucial en la distribución del capital; y las nuevas empresas fiscales —tales como LAN o FAMAE— permitieron ir vislumbrando ya lo que luego sería llamado el "Estado empresarial". A raíz de la crisis económica de 1930, la tendencia intervencionista del Estado se acentuó, sin que el segundo gobierno de Alessandri hiciera nada por revertirla, la cual, por el contrario, se consolidó. Así, durante la década de 1930 el aparato administrativo fijaba los precios a los productos de consumo esencial, establecía tarifas proteccionistas para la producción nacional, otorgaba subsidios a bienes y servicios esenciales, manejaba el sistema de seguridad social además de los servicios de salud, sin olvidar sus funciones anteriores vinculadas a las relaciones laborales y a la distribución del crédito. El diseño de planes de desarrollo a través de la CORFO va a caracterizar las dos décadas siguientes.⁶

Obviamente las nuevas atribuciones del Poder Ejecutivo significaron una pérdida de poder de la elite tradicional frente al aparato administrativo. La amplitud de las atribuciones de éste hizo cada vez más crucial el problema de su control. Y si bien ese control lo perdió la elite tradicional durante la primera administración de Ibáñez y durante la posterior fase anárquica del 31 y 32, lo retomó con certeza durante el segundo gobierno de Alessandri. Lo que para la elite pudo parecer un mero paréntesis —su repliegue en la década de los 20— con la elección presidencial de 1938 se convirtió en un fenómeno permanente. Con Aguirre Cerda, por 20 años y luego más, la elite tradicional perdió el control del aparato administrativo del Estado.

¿Cómo responde la elite tradicional a estas nuevas circunstancias históricas? Tal como se ha dicho, la derecha chilena se adapta con gran flexibilidad y capacidad para mantener importantes cuotas de poder político, económico y social.

⁶ Ver, por ejemplo, P. T. Ellsworth, *Chile, on Economy in Transition*, Westport Connecticut, 1945; Henry Kirsch, op. cit.; Adolfo Ibáñez S. M., "Los ingenieros, el Estado y la Política en Chile. Del Ministerio de Fomento a la Corporación de Fomento, 1927-1939", *Historia*, N° 18, 1983; Anibal Pinto S. C., "Estado y Gran Empresa: De la Precrisis hasta el Gobierno de Jorge Alessandri", *Colección Estudios Cieplán* N° 16, junio 1985.

En primer lugar, es necesario señalar que hasta la década de 1960 los partidos de la derecha mantuvieron un fuerte poder parlamentario, el cual utilizaron para negociar con el Ejecutivo y obligarlo a llegar a transacciones. De modo que si la derecha perdió el control del Ejecutivo, mantuvo importantes cuotas de poder en el Legislativo. Ello debido a su alta votación nacional, superior al 40% hasta los años 50. Por ejemplo, en las elecciones parlamentarias de 1937, el Partido Liberal obtuvo un 20.7% de los votos y el Partido Conservador un 21.3%, sumando en conjunto un 42% de los sufragios. Después del triunfo de Aguirre Cerda la votación de los partidos de derecha bajó a un 31.2% en las parlamentarias de 1941; pero pronto se recuperó, y en 1945 entre el Partido Liberal y el Partido Conservador llegaron al 41.5% de los votos. En la década de 1950 y hasta 1961 la votación de la derecha se mantuvo alrededor del 30%.⁷

Ahora bien, es innegable que durante las décadas de 1930 y 1940 la derecha continuaba utilizando las prácticas electorales del Período Parlamentario, es decir, descansaba fundamentalmente en el voto campesino y en el cohecho. Sin duda, la sumisión del campesinado era la fuente de apoyo electoral más segura para la derecha. Pero se trataba sólo del voto del inquilino porque el terrateniente no controlaba el voto de los peones estacionales; y lo que es muy importante, éstos hacia 1958 ya eran más numerosos que los inquilinos.⁸ Además, las reformas electorales de 1958 —que introdujeron la cédula única— disminuyeron el control del terrateniente sobre el sufragio del inquilino. Fenómeno este al que hay que agregar la progresiva penetración de la cultura urbana en los campos: pensemos solamente en lo que significó la llegada de la radio a la casa del campesino. De modo que, ya a fines de la década de 1950 lentamente la derecha comenzaba a perder esta fuente tan confiable de apoyo electoral. Sin embargo, la derecha fue capaz de adaptarse a estas nuevas condiciones sociales de mediados de siglo conquistando el voto urbano.

Tradicionalmente una proporción muy alta del voto urbano se había vendido al mejor postor. El cohecho estaba penado por la ley, pero los archivos diplomáticos nos aportan una interesante información sobre su práctica. Para la elección presidencial de 1938 la Embajada Británica en Chile estimaba —en un informe al Foreign Office— que 100.000 de los 450.000 votos iban a ser comprados, con un costo de 200 millones de pesos equivalentes a

⁷ Las cifras electorales están tomadas de Ricardo Cruz-Coke, *Historia Electoral de Chile 1925-1973*, Santiago, 1984, p. 81.

⁸ Ver, Robert R. Kaufman, *The Politics of Land Reform in Chile, 1950-1970; Public Policy, Political Institutions and Social Change*, Cambridge, Massachusetts, 1972; Brian Loveman, *Struggle in the Countryside, Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973*, Bloomington, 1976; Peter Winn, *Weavers of Revolution. The Yaurur Workers and Chile's Road to Socialism*, OUP, Oxford, 1986.

£ 1.600.000.⁹ Sin embargo, la derrota de Ross, el candidato de la derecha, el más rico y con mayor capacidad de cohechar, demostró que el dinero ya no era un factor político tan decisivo. Al parecer los votantes aceptaban el dinero y luego votaban a su gusto.¹⁰ Lo mismo puede deducirse de los resultados electorales de las parlamentarias de 1941, ocasión en la cual la derecha disminuyó notablemente su votación. Pero la práctica del cohecho no se terminó entonces, pues tal como lo señalara otro informe de la Embajada Británica en Chile al Foreign Office, después de 1941 hubo un rebrote del cohecho en la medida en que creció la desilusión con el Frente Popular.¹¹ Al parecer fue la modernización creciente del país la que terminó poco a poco con el cohecho, antes de que la reforma electoral de 1958 le diera el golpe final. Nuevamente es un informe diplomático el que nos da luces sobre la materia: según explicaba la Embajada norteamericana al Departamento de Estado, durante la campaña presidencial de 1952 el gasto en cohecho tendía a perder importancia frente al gasto en propaganda escrita y radial.¹² No es extraño que así fuera puesto que el electorado se fue volviendo cada vez más sofisticado políticamente, por una parte, y por otra, hubo un continuo crecimiento de los sectores medios que tradicionalmente no eran comprados.

Sin embargo, a pesar de la pérdida del poder electoral del dinero, la derecha fue capaz de mantener una alta votación en las grandes ciudades gracias a su capacidad para conquistar el voto de los sectores medios, los que al parecer estaban cada vez más conformes con el statu-quo y más temerosos del cambio.¹³ Así, por ejemplo, el Partido Conservador obtuvo más del 20% de los votos de Valparaíso desde 1945 hasta 1957. Y no hay que olvidar que al año siguiente Jorge Alessandri logró mayorías en Santiago y en Valparaíso.¹⁴

Este vuelco de la derecha hacia el electorado de clase media, se reflejó en la organización interna de sus partidos. En efecto, en los años 50, por primera vez llegaron a ser presidente de los partidos Conservador y Liberal hombres de extracción media como Juan Antonio Coloma y Hugo Zepeda.

⁹ From Sir C. Bentick to Viscount Halifax. Despatch N° 102. Santiago, 26th. April 1938. Foreign Office Records: FO. 371-21437 A. 3536/571/9.

¹⁰ From Sir C. Orde to Mr. Eden. Despatch N° 25. Santiago, 6th. February 1942. FO. 371-30434. A.2304/18/9.

¹¹ From Santiago Chancery to South American Department. Santiago, 10th. September 1945. FO. 371-44926 AS.5082/291/9.

¹² From Charles C. Hall, Counsellor of Embassy to Department of State. December 14, 1950. National Archives United States of America: NAUSA. 725.00/12-1450.

¹³ Marcelo José Cavarozzi, "The Government and the Industrial Bourgeoisie in Chile, 1938-1964", tesis doctoral University of California, 1975.

¹⁴ Los datos electorales están tomados de Germán Urzúa, *Historia Política Electoral de Chile (1931-1973)*, Santiago, 1986, pp. 111 y 139 a 144.

En resumen, la derecha fue capaz de adaptarse a los cambios sociales del siglo, los cuales se reflejaron en las características del electorado, en la medida en que paulatinamente fue conquistando el voto de los sectores medios urbanos. De esta forma logró mantener una muy importante cuota de poder en el Congreso Nacional.

En segundo lugar, la flexibilidad y capacidad de adaptación de la elite tradicional chilena se reflejó en su capacidad de cooptación del centro político, es decir, de los sectores medios reformistas. En efecto, el Partido Liberal, menos doctrinario que el Conservador, tendió lazos hacia el Partido Radical gobernante, e incluso hacia los socialistas desde 1942. Por eso no es extraño que en 1946 el candidato liberal, Fernando Alessandri, haya recibido el apoyo del Partido Socialista Auténtico, liderado por Marmaduque Grove. No olvidemos que Juan Antonio Ríos fue elegido en 1942 gracias al respaldo del liberalismo, aquellos liberales que capitaneaba Arturo Alessandri, y que González Videla fue ratificado como Presidente por el Congreso Nacional luego de una negociación con el Partido Liberal. Además, tanto durante la Presidencia de Ríos como durante la de González Videla, los liberales ocuparon cargos ministeriales. La flexibilidad política de los liberales junto al poder parlamentario con que contaban, les permitió negociar con el Partido Radical y especialmente con los Presidentes radicales, suavizando así las políticas que le eran adversas a la elite tradicional.

Esta flexibilidad política de la elite tradicional tiene un paralelo en la capacidad de adaptación de los sectores empresariales.

En efecto, ante el aumento de la injerencia fiscal en la economía, los sectores empresariales se vieron en la necesidad de aumentar también su poder frente al Estado. Con este fin las asociaciones empresariales se abrieron a nuevos miembros, aunque cuidándose de mantener el control de las organizaciones en manos de la elite tradicional.¹⁵ Además, en 1934 se coordinaron institucionalmente al crear la Confederación de la Producción y del Comercio, con el evidente propósito de acrecentar su capacidad de presión política. En efecto, la CPC fue creada para influir sobre la legislación en aquellas materias que más inquietaban a los empresarios, a saber: aumentos tributarios, leyes sociales e intervención estatal en la economía.¹⁶ Sin embargo, curiosamente, la CPC se mantuvo muy inactiva hasta mediados de los años 60. Ello se explica, a mi juicio, fundamentalmente porque la existencia de una Confederación activa no fue realmente necesaria hasta entonces debido a que las asociaciones empresariales consiguieron estar representadas con sufi-

¹⁵ Ver, Genaro Arriagada, *La Oligarquía Patronal Chilena*, Santiago, 1970; Marcelo José Cavarozzi, op. cit.; Paul W. Drake, "Corporatism and Functionalism in Modern Chilean Politics", *Journal of Latin American Studies*, vol. 10, part I, May 1978.

¹⁶ Ver, Thomas C. Wright, *Landowners and Reform in Chile: The Sociedad Nacional de Agricultura 1919-1940*, Urbana, 1982; y Roger J. Burbach, op. cit.

ciente poder en las empresas y en las agencias fiscales que dirigían el desenvolvimiento económico.¹⁷

Efectivamente, desde la década de 1920 —es decir, desde los inicios mismos de la expansión de las atribuciones estatales en lo económico-social— las asociaciones empresariales consiguieron el derecho, garantizado legalmente, de estar representadas en el aparato administrativo, con voz y voto en los directorios de las agencias semifiscales y en las empresas públicas, tales como CORFO y sus filiales. Esta presencia empresarial se convirtió en una práctica tan extendida que, por ejemplo, en 1964 la SFF nombraba directores en 28 agencias gubernamentales.¹⁸

De este modo se originó una especie de corporativismo muy sui géneris, pues en el aparato estatal estaban representados los empresarios y no los trabajadores; además los empresarios estaban representados por medio de asociaciones de derecho privado, que no eran obligatorias, ni únicas, ni monopólicas en su representación sectorial, como tampoco controladas directa ni indirectamente por el Estado. Todo ello hace de este fenómeno algo muy diferente de la representación corporativa clásica.

En las agencias semifiscales y en las empresas estatales, los empresarios compartían el control de los directorios con representantes del Presidente de la República y con los técnicos de la Administración Pública. De modo que fue fundamental para la elite empresarial cooptar a los restantes miembros de estos directorios. Para ello se valieron de una compleja red de relaciones personales con los dirigentes políticos, incluidos aquéllos del Partido Radical a quienes era necesario cooptar. Esta actitud requiere a su vez gran flexibilidad política, para evitar choques innecesarios con el gobierno. En casos de desacuerdos había que saber hacer concesiones y aceptar algunas derrotas inevitables.¹⁹

Por otra parte, gracias a esta capacidad de coopción, los Ministros de las áreas económicas solían ser miembros o directores de la respectiva asociación empresarial. Así, por ejemplo, casi todos los Ministros de Agricultura de los gobiernos radicales fueron miembros de la SNA, y no era raro que el Ministro de Hacienda fuera miembro de la SFF.

Por su parte, los vínculos informales con los partidos de derecha y con el Partido Radical les permitieron a los empresarios ejercer una enorme influencia en el proceso legislativo. En efecto, las asociaciones empresariales podían ofrecerles a los congresistas al-

¹⁷ Ver, Constantine Menges, "Public Policy and Organized Business in Chile: A Preliminary Analysis", *Journal of International Affairs*, 2, N° 2, 1966; y David Francis Cusack, "The Politics of Chilean Private Enterprise Under Christian Democracy", tesis doctoral, University of Denver, 1970.

¹⁸ Ver, Constantine Menges, op. cit.

¹⁹ Ver, Robert Kaufman, *The Chilean Political Right and Agrarian Reform: Resistance and Moderation*, Washington, 1967.

go de lo que ellos carecían: conocimientos técnicos especializados. Justamente como parte de su adaptación a las nuevas circunstancias, las asociaciones empresariales habían creado departamentos técnicos capaces de producir informes de gran rigurosidad científica. De esta forma eran las mismas asociaciones empresariales las que a menudo redactaban los borradores de los proyectos de leyes especializadas que se discutían en el Congreso. Si bien no legalizada, ésta fue una práctica muy común hasta mediados de la década de 1960.²⁰

LA DESTRUCCION DE LA DERECHA POLITICA TRADICIONAL

Sin duda cabe preguntarse cómo puede ser que una derecha tan hábil políticamente, con un fuerte apoyo electoral y capaz de mantener significativas cuotas de poder político y económico haya sido prácticamente aniquilada en 1965.

A nivel hipotético, creo que la destrucción de la derecha política tradicional se fue produciendo durante el gobierno de Jorge Alessandri. No me refiero al proceso de desgaste natural de los partidos en el poder, sino a un fenómeno más profundo y grave. Se trata, a mi juicio, de la paulatina pérdida de confianza en sí mismos de los partidos Conservador y Liberal, producto de tres procesos independientes pero agregativos.

En primer lugar, durante la década del 60 se vivió internacionalmente un período anti-conservador, anti-"establishment", de rupturismo con las pautas sociales y culturales tradicionales; se trata de un período de radicalización política, de ideologización y ensalzamiento de los procesos revolucionarios, de exaltación del cambio en todos los ámbitos de la vida social y personal. Ciertamente no fue un período favorable para los movimientos y partidos de derecha. En América Latina, en particular, tuvo enorme repercusión la Revolución Cubana. En Chile sus efectos se hicieron sentir especialmente en la radicalización del Partido Socialista, y en el auge de las posturas que propugnaban la realización de reformas estructurales para evitar la revolución socialista. En su opción por esta última alternativa coincidieron el Partido Demócrata Cristiano, la Iglesia chilena y el Departamento de Estado con su política de Alianza para el Progreso. De modo que dos de los aliados más significativos de la derecha chilena, la Iglesia Católica y el gobierno norteamericano, se alejaban de ella de manera evidente.

En efecto, en la década de los 60 se vivieron cambios dramáticos al interior de la Iglesia Católica. Fue la época de Vaticano II, cuyos aires de renovación comenzaron a anticiparse ya desde los inicios del pontificado de Juan XXIII. Así por ejemplo, por primera vez, con la encíclica social *Mater et Magistra*, la Iglesia Católica

²⁰ Ver, Constantine Menges, *op. cit.*

propuso la realización de cambios estructurales en la sociedad y en la economía, en vez de las clásicas apelaciones a la caridad para enfrentar los problemas de la pobreza. Esta encíclica tuvo rápido eco en Chile, donde ya desde fines de los 50 se estaba produciendo una renovación del episcopado con nombramientos de obispos de tendencia menos conservadora.

Un claro ejemplo se produjo en 1962, al iniciar la Iglesia el proceso de reforma agraria repartiendo tierras de su propiedad entre los campesinos, a los cuales les otorgaba también asistencia técnica. Ese mismo año los obispos dieron a conocer dos cartas pastorales llamando a realizar cambios estructurales en lo económico-social, para evitar así el avance de la revolución socialista.²¹

De este modo, se puede sostener que el segundo proceso que explica la pérdida de confianza en sí por parte de la derecha chilena, fue precisamente el de los cambios producidos en la Iglesia Católica. En efecto, hasta fines de la década de 1950 el grueso de ésta, y por cierto de su jerarquía, continuaba respaldando indirectamente al Partido Conservador como el partido católico por excelencia. No olvidemos que la razón de ser de esta organización política era su carácter confesional. Por lo tanto, el viraje de la Iglesia chilena hacia posiciones políticas más reformistas y populares identificadas con el Partido Demócrata Cristianos, constituyó un golpe de muerte para el Partido Conservador, no sólo porque el electorado católico se volcó hacia la Democracia Cristiana, sino fundamentalmente, a mi juicio, porque los conservadores sintieron que como partido habían perdido su razón de ser.

En tercer y último lugar, habría que mencionar el desprestigio de los partidos de gobierno que provenía desde el gobierno mismo. En efecto, Jorge Alessandri —con el gran empresariado tras él— se levantó como candidato independiente, por sobre los partidos de la derecha, a los cuales sin embargo manipuló para que le dieran su respaldo electoral indispensable para llegar a la Moneda. Y luego, una vez en la Presidencia, buscó hacer un gobierno técnico, apolítico, al margen de los partidos que le habían dado su respaldo electoral. Al mismo tiempo, trató de restarle atribuciones al Congreso frente al Presidente. La desconfianza hacia los políticos permeaba el ambiente. Y luego, cuando después de 1961 Alessandri no tuvo más alternativa que gobernar con los partidos, su discurso siguió siendo extremadamente crítico de ellos, aun de los que lo apoyaban, siendo justamente a éstos a quienes culpó de todos los errores y deficiencias de su gobierno. Mi hipótesis es que esta actitud de Jorge Alessandri, siendo Presidente de la República, tiene que haber producido una desmoralización enorme en los partidos de derecha.

Me parece que esta pérdida de confianza en sí de los partidos

²¹ Ver, Brian Smith, *The Church and Politics in Chile: Challenges to Modern Catholicism*, Princeton, 1982.

Conservador y Liberal tiene su expresión límite en un acto suicida: el respaldo incondicional a Frei en 1964.

Se ha repetido muchísimas veces que la derecha en 1964 optó por el mal menor, atemorizada frente al avance de la izquierda marxista. Sin embargo, quiero llamar la atención sobre el hecho de que ese apoyo a Frei se hubiese dado sin ninguna negociación política, incondicionalmente. Ese fue un acto suicida. No olvidemos que por entonces la alianza de los partidos de derecha con el Partido Radical contaba con mayor respaldo electoral que la Democracia Cristiana, y que según los resultados de las elecciones parlamentarias de 1961 el triunfo estaba en manos de esta coalición que llevaba como candidato a Julio Durán. En efecto, en las elecciones parlamentarias de 1961 el Frente Democrático Nacional —que reunía a conservadores, liberales y radicales— obtuvo un 49.9% de los votos, cifra que bajó apenas al 47.2% en las elecciones municipales de 1963. Es decir, un año antes de la elección presidencial, el Frente Democrático Nacional obtenía cerca del 50% de los votos. En ese contexto no se explica la racionalidad del pánico que produjo el “naranjazo”, el cual, es bueno recordar, si bien dio un triunfo al candidato del FRAP, con un 39.2% de los votos, dejó con segunda mayoría al Frente Democrático Nacional, con 32.5% de los votos, mientras el candidato demócratacristiano alcanzaba sólo el 27.7%.²²

De modo que en 1964 la derecha apoyó incondicionalmente a un candidato cuyo programa le era muy adverso a pesar de contar como coalición electoral con cerca del 50% de los votos, o en el peor de los casos, con sobre un 30%. Esto, insisto, no tiene racionalidad política alguna y sólo me lo puedo explicar como un acto suicida por parte de quienes han perdido toda fe en sí mismos. Con esta opción, la derecha destruyó de paso al Partido Radical.

Al hablar de acto suicida estoy, indirectamente, señalando la muerte política de los partidos Liberal y Conservador, como efectivamente quedó demostrado en las elecciones parlamentarias de 1965 y sobre todo en la formación del Partido Nacional, el cual fue conducido por los sectores nacionalistas hasta entonces marginados de la derecha tradicional.

LA NUEVA DERECHA

Se puede decir que la nueva derecha nació bajo el signo de lo ocurrido en 1964. El “naranjazo” podría, pues, considerarse el trauma fundacional de la derecha. El Partido Nacional fue una fuerza política confrontacional, no sólo por su “trauma fundacional”, sino también por otros motivos que dicen relación con las circunstancias históricas en las cuales surgió este nuevo partido de derecha.

²² Datos electorales tomados de Federico Gil, *El Sistema Político de Chile*, Santiago, 1969, pp. 253 a 257.

Quisiera destacar tres circunstancias que a mi juicio condicionaron el carácter que tuvo esta nueva expresión vertiente de la derecha.

La primera, obviamente, es la Reforma Agraria que hirió más allá de los intereses económicos y políticos a la elite tradicional. Quizás más importante que lo anterior, la Reforma Agraria destruyó parte esencial del universo simbólico de una elite que desde el siglo XVIII había construido los símbolos de prestigio social y de continuidad familiar en torno a la tierra.

La segunda circunstancia histórica dice relación con la pérdida de atribuciones del Congreso Nacional, tal como lo describen Arturo Valenzuela y Alexander Wilde.²³ Estos autores analizan el proceso de declinación de las atribuciones del Congreso como un factor fundamental en el paso de la política de conciliación a la de confrontación. El Congreso, señalan, hasta la década del 60 era un importante espacio de negociación entre los partidos y entre éstos y el Ejecutivo, lo cual hacía a las elites parlamentarias tan poderosas al interior de cada partido, reforzando "las funciones pragmáticas en desmedro de las funciones ideológicas del sistema de partidos".²⁴ Pero a partir de 1959 y especialmente durante el gobierno de Frei, la "planificación tecnocrática" atentó contra las atribuciones del Congreso, disminuyendo, por ejemplo, la capacidad de los parlamentarios para influir en la ley de presupuestos, disminuyendo así su capacidad de negociación. En efecto, durante el gobierno de Frei se hizo un esfuerzo especial para racionalizar la planificación nacional en la confección del presupuesto en desmedro del particularismo parlamentario; es decir, en desmedro de las negociaciones, de los acuerdos pactados y de los regateos e intercambio de favores. Pero cuando la Democracia Cristiana atacaba el sistema de patronazgo parlamentario, estaba al mismo tiempo destruyendo los mecanismos informales a través de los cuales se llegaba a acuerdos negociados en el Congreso, erosionando así el estilo político de negociación. Al mismo tiempo "con la declinación del particularismo, la ideología pasó a ocupar un lugar central dentro de los partidos (...) y las elites parlamentarias de los partidos cedieron terreno frente a las fuerzas extraparlamentarias".²⁵ Todo lo cual fue dando paso a una política confrontacional.

A mi juicio, este nuevo estilo confrontacional se adecuaba mejor a los sectores nacionalistas de la derecha que a las antiguas elites parlamentarias expertas en la negociación y el acuerdo pactado. No es extraño, pues, que el nacionalismo hasta entonces marginal pasara ahora a tener el predominio en la derecha.

²³ Arturo Valenzuela y Alexander Wilde, "El Congreso y la Redemocratización en Chile", *Alternativas*, N° 3, Mayo-Agosto 1984.

²⁴ *Ibíd.*, p. 20.

²⁵ *Ibíd.*, p. 9.

La tercera circunstancia histórica dice relación con la pérdida de poder de los empresarios al interior de la Administración Pública y en las empresas semiestatales. En este punto sigo la argumentación de David Cusack en su tesis doctoral.²⁶ Este autor estudia la respuesta del empresariado chileno a los cambios que introdujo el gobierno demócratacristiano, específicamente al intento exitoso de terminar con la influencia empresarial en la Administración Pública de modo de poder convertir a ésta en un agente activo de la Revolución en Libertad. En efecto, bajo el gobierno demócratacristiano los empresarios no pudieron ejercer su tradicional influencia y coopción de los técnicos, los que tenían gran poder en la burocracia chilena. Ello porque esta vez se trataba de militantes del partido gobernante, hombres imbuidos de un ideologismo que se planteaba como enemigo de la empresa privada. Por otra parte, estos técnicos contrarrestaron la posible influencia que los empresarios pudieran tener a nivel de Ministros y Presidente de la República, pues contaban con todo el respaldo del partido. Al ver cerradas las puertas de la influencia indirecta que tradicionalmente habían ejercido, los empresarios, señala Cusack, adoptaron también la nueva modalidad de presión directa que comenzaba a ejercerse a través de la movilización social. Así, cohesionados bajo la Confederación de la Producción y del Comercio, y convocando a pequeños y medianos empresarios, organizaron un "movimiento gremial" en defensa de la propiedad privada. La influencia sutil e indirecta era ahora reemplazada por la acción política directa ejercida por medio de la presión social. La derecha empresarial se adaptaba también a los nuevos tiempos.

De modo que, ya sea por la autodestrucción de la derecha política tradicional, ya sea por las nuevas circunstancias históricas en que nacía, la nueva derecha política —bajo la conducción de los nacionalistas— contribuyó a sepultar el viejo estilo de la negociación política bajo el alud de la política confrontacional. La derecha empresarial, al recurrir a la presión social directa, se sumó también a la polarización. La elite tradicional chilena se adaptaba así a las exigencias de los nuevos tiempos en los cuales las fuerzas políticas predominantes, fuesen de centro o de izquierda, buscaban dominar completamente el espacio político reduciendo a sus adversarios a la impotencia.

¿Será posible en la democracia del futuro contar con una derecha flexible, negociadora, capaz de ceder y a la vez capaz de defender lealmente sus intereses. Una derecha, en suma, que contribuya a la estabilidad del sistema político? En parte, dependerá de cuáles sectores de derecha logren la hegemonía en ese campo político. Pero también dependerá, en gran medida, de los otros partidos: de su concepción de la política, y del estilo político que en conjunto sean capaces de crear.

²⁶ David Francis Cusack, op. cit.